

GLADYS DÁVALOS:



"Descubrí que el escribir me daba

"Leer es un placer..."

Todos los que hemos leído a José Martí en "La Edad de Oro", a Carlos Collodi con el divertido "Pinocho", a Hans Christian Andersen, con "Blanca Nieves" y a "Platero y Yo" de Juan Ramón Jiménez, estamos convencidos que sus creaciones son confesiones que perpetúan los sueños y la magia, cual el canto de un colibrí.

Y llega Gladys Dávalos Arce como una verdadera Maestra para revelar con alegría ese afán cotidiano, vuelo sin ruidos ni bocinas, para entregar tres libros, tres memorias, que no le han exigido esfuerzo en la narración que fluye como manantial.

Combina algunos vocablos aymaras y quechuas exaltando el sentido de nuestra identidad y los afanes por desarrollar auténticamente su creación literaria.

A través del Rincón del Tigre Azul, El Paraíso de los Gala Pago y Qatari y Asiru, se plasma con armoniosidad el espíritu aventurero que aguarda impaciente.

Junto a Cecé nos lleva en apasionantes viajes a la exuberante Amazonia Brasileña con los rugidos del Tigre Azul para ser testigos de la libertad de Clofi, el Mono Verde, y el enternecimiento que nos envuelve cuando por fin La Ballenita Perdida emprende el camino a casa. También nos inquieta con la desaparición de Los Tildes y la travesía romántica de la Emperatriz Kayra. No está ausente el sacrificio y la generosidad de las Dos Guacamayas ni las travesuras divertidas y mágicas de Elke. Es más, hay en la narrativa de Gladys un mágico mensaje que alienta a la preservación del medio ambiente como sucede en su travesía imaginaria por las Islas Galápagos. También nos revela en trozos El Paraíso de la Gala Paqo cuando dice: Vimos las siluetas de los dos hombres que contrastaban con la tenue y aen débil luz anaranjada oscura y los celajes azules del amanecer", y a Charles Darwin que sale de su cueva y dice: "Estoy coleccionando material biológico, observando los pájaros y otros animales. La vegetación aquí es diferente por lo mismo que el paisaje es único. Se formó de ríos de lava que salían a chorros de los volcanes y caían al océano".

Los cuentos combinan la ficción con el buen humor en un lenguaje directo y sencillo, cuyo final siempre es el feliz.

Gracias Gladys por llevarnos junto a Cecé en sus aventuras.

Creemos que se puede viajar más allá de la Polinesia con sólo desearlo.

Marlene Durán Zuleta.
Escritora, Oruro.



GOLIAT

Su nombre es Goliat, pero le decimos Golo de cariño. Si creen que el nombre se trata de un perro grandote, se equivocan. Golo es un perro ch'api, de no más de 25 cms. de altura. Es tan feo que yo lo llamo abominable hombre de las nieves", por su pelo desordenado y lanoso. Cecé lo defiende a brazo partido: es "su" perro y dice que es "el más bello del mundo". Alguna vez he logrado ver algo de sus ojitos, a pesar de todas las "mechas" colgando delante de ellos, y me han parecido preciosos. Lástima que no se los pueda ver. Pero eso no sería tan grave. Sabemos que hay bellezas ocultas, también entre los humanos. Lo que no nos explicamos Cecé y yo, es... ¡cómo logra ver el mundo! Es un misterio. Cada vez lo ve a rayas o rayado... lo que tampoco lograré saber es si esas rayas son a colores o en blanco y negro. No sé quién dijo alguna vez que los perritos sólo ven el blanco y el negro, es decir no distinguen los colores y si somos más exactos, no ven... porque "el blanco y el negro no son colores, sino un ramillete de haces de luz entremezclados...", etc. (Me pregunté a su profe). Pero lo raro es que Golo ve. Ve muy bien, tal es así que un día inclusive ayudó a Cecé a encontrar unos tildes. Sí, como lo oyen: tildes, o sea, esas rayitas oblicuas llamadas acentos ortográficos, claro, de lo contrario no se los podría ver, como los otros. Ya ustedes saben...

Ocurrió que Cecé estaba muy concentrada en su tarea de castellano cuando una compañera de curso la llamó por teléfono para preguntarle cuál era la tarea. Ella había tenido un terrible dolor de muelas ese día y no pudo asistir al colegio. Entonces Cecé empezó a contarle lo que había pasado ese día, para luego decirle que la tarea era poner tildes a unas palabras que la profe dijo que se llamaban "esdrújulas" (¡uff!). La grave de esta interrupción telefónica fue que, al volver a su escritorio, Cecé NO ENCONTRÓ LOS TILDES. ¡Desaparecieron! Estaba desesperada. No los hallaba por ninguna parte. Buscó bajo el escritorio, bajo la silla, detrás de la lámpara. Primero pensó que estaban haciéndose graciosos, queriendo jugar "oculta - oculta", pero no. No habían faltado por ninguna parte... y, desde luego, ustedes saben la tremenda importancia de estos caballeros... o damas. Nadie sabe a ciencia cuál es su género: algunos los llaman "las" y otros "los" tildes, pero de lo que tocan están absolutamente seguros, es que su presencia, femenina o masculina, lo mismo da, es imprescindible. Es decir, no pueden faltar, por lo menos no en el castellano. Imaginense el lío, si quieren diferenciar, por ejemplo "tú" con tilde y "tu" sin tilde. "Si" con y "si" sin, "te" con y "te" sin. Es muy distinto escribir: "Té quiero" que "Te quiero". Vaya problema, ¿no?

Golo por supuesto no tiene la menor idea de lo importante que pueden ser estas rayitas oblicuas, uy, qué difícil, digo, tildes, acentos ortográficos....

Lo que aconteció es que después de algo más de una hora de buscarlos por toda la casa, en el dormitorio, en el garaje, en el depósito, en fin, y no encontrarlos, Cecé e puso a llorar a mares porque no po